

## CAPITULO XII.

Otra vez el Santuario.

Volvamos á la Villa de Guadalupe.

Hemos dicho que al tropezar Nuñez con la mujer que caminaba de rodillas al templo, exhaló ésta una exclamacion que fué recogida por otra mujer, mientras el afanado jóven, sin fijar la atencion en ella, y seguido de Julián, se dirigia á la casa en que estaban reunidos los conjurados.

La que marchaba de la manera penosa que dejamos dicho, penetró en la iglesia y se acercó hasta el altar mayor, donde despues de besar el suelo, se quedó de rodillas rezando fervorosamente á la Virgen.

La que habia recogido su exclamacion

penetró detras de ella, y se quedó á distancia regular, observándola y queriéndola reconocer.

Pero la devota mujer estaba tan cubierta con su rebozo, que era imposible descubrir ninguna de sus facciones.

La que observaba se puso tambien á orar, descuidándose de vez en cuando de fijar los ojos en la tapada.

En uno de estos momentos, la encubierta, al arreglarse el rebozo, descubrió por un instante su faz.

Si la curiosa mujer no hubiese estado descuidada en aquel instante, hubiera podido ver una fisonomía dulce, purísima y angelical, bañada por brillantes lágrimas que rodaban de unos ojos claros y apacibles como el limpio cielo de México.

Aunque no iba cubierta con el pañolón bordado, llamado *tápalo* en el país, que llevan las señoras, sino con el humilde rebozo que usa la clase menos acomodada, sin embargo, sus maneras distinguidas, su blanca, pequeña y torneada mano, que asomaba de vez en cuando al arreglarse el rebozo; el



vestido largo, aunque de poco valor, que envolvía las gallardas formas de su esbelto cuerpo, en vez de las cortas enaguas que lleva la gente del bajo pueblo, todo esto agregado á que tenía su pequeño pié cubierto de limpias medias, que no acostumbra llevar las mujeres de la ínfima clase de México, denunciaban á una persona de la buena sociedad, reducida por la suerte al humilde estado en que se encontraba.

La mujer que observaba, y que sin duda estaba impaciente por saber si la tapada era la misma que ella se había figurado, no pudiendo resistir por mas tiempo su curiosidad, se levantó de donde estaba, se acercó á la afligida hermosa, se puso de rodillas junto á ella, y acercando sus labios cuanto le fué posible al oído de la que llena de fervor oraba, pronunció en voz baja, pero penetrante, un nombre.

La tapada se estremeció, y miró sorprendida á la que le hablaba.

Ambas se reconocieron entonces y dejaron escapar una exclamacion de sorpresa.

La curiosa mujer le hizo entonces en voz

baja algunas preguntas á que se vió obligada á contestar su interpelada.

Admirada y sorprendida, á juzgar por los aspavientos que hacia, debía estar la que alcanzaba las respuestas.

Satisfecha su curiosidad é informada de cuanto deseaba saber, se despidió con mil demostraciones de cariño, se signó y se santiguó, hizo una respetuosa inclinacion ante el altar, y salió del templo pronunciando estas palabras:

—¡Bien me lo presumia yo! ¡Ah! corramos á ver á mi amiga que me estará esperando para marchar. No se va á sorprender poco cuando le refiera este encuentro.

Pero mientras ella se dirige en busca de su amiga, ocupémonos del intrépido Nuñez, á quien dejamos entrando en la casa donde estaban reunidos los conjurados.

Al penetrar en el zaguan, vió, en efecto, fuera de la puerta, como le había dicho el agente del doctor, varios hombres sospechosos que le miraban con atencion, aunque con disimulo.

No se arredró por esto: conoció el inmi-



nente peligro en que se ponía; pero no quiso abandonar á sus compañeros.

Resuelto á correr la misma suerte que ellos, subió de dos en dos los escalones, y penetró en una espaciosa sala llena de correligionarios.

—Aquí está por fin.—Dijeron varias voces con satisfaccion al verle entrar.

Un murmullo de contento y de satisfaccion, de alegría y de confianza, se escuchó en todos los ángulos.

Nuñez, agitado, pálido, sin saludar á nadie y sin pronunciar palabra, se dirigió á una mesa en que al lado de una Biblia abierta, un tintero de plata y una vela encendida, estaba un papel con los nombres y firmas de los descontentos: cogió prontamente el último, y sin detenerse, lo aplicó á la flama de la vela, reduciéndolo á cenizas.

Un grito de sorpresa salió de todos los concurrentes por aquel acto inesperado y extraño.

Nuñez, sin detenerse por nada, se sentó en el mismo instante junto á la mesa, tomó otro pliego de papel que sobre ella había,

y se puso á escribir con una rapidez asombrosa.

Los conjurados se miraban unos á otros sin comprender nada.

No bien hubo acabado de escribir, se levantó diciendo:

—Señores, á firmar todos ese papel.

—Pero.....

—Es preciso, si queremos salvarnos.—

Dijo Nuñez interrumpiendo al que se disponía á hacerle observaciones.—Nos han delatado: la casa está cercada de agentes de policia, y dentro de poco se apoderarán de nosotros.

Un terror profundo se apoderó de todos al escuchar estas palabras.

—No perdamos, pues, un instante:—continuó Nuñez:—vea el gobierno que nos hemos reunido, pero no para derribarle, sino para salvar la patria, amenazada por los norte-americanos. Paremos ahora el golpe, que despues nos tocará tirarle á fondo.

Las palabras de Nuñez tenían gran autoridad para la concurrencia que conocia su valor, su honradez y sus sanas ideas.



No dudando, pues, del peligro que les amenazaba, y apremiados por el miedo, que es el que violenta las determinaciones, se agolparon á la mesa, procurando cada cual ser el primero en firmar el papel sin haberse ocupado siquiera de leer su contenido.

Los que no titubearon ni un solo instante fueron Leopoldo y Rafael, que no dudando un instante de las palabras de su leal amigo, dieron el ejemplo firmando antes que ningun otro lo que acababa de escribir.

Faltaban ya muy pocos de poner su nombre, cuando se asomaron algunas cabezas detras de la cortina que velaba la puerta de entrada.

Era un jóven oficial con algunos soldados que iba á entrar, pero que se detuvo al ver que aun continuaban firmando.

Un silencio sepulcral, el silencio del terror reinaba en la sala desde que Nuñez anunció el peligro.

Ni una voz, ni una pregunta se cruzaba entre los conjurados, y solo se oia el ruido de la pluma al correr sobre el papel.

El oficial continuaba observando detras de la cortina.

Nuñez notó la llegada de los servidores del gobierno, pero á nadie le advirtió de ella.

El oficial, con la fuerza armada, esperó otro momento; y cuando vió que nadie faltaba por firmar, se presentó con su gente.

Los conjurados, no obstante el aviso de Nuñez, hicieron un movimiento de sorpresa, pues siempre infunde terror la fuerza armada aun cuando uno sea inocente; pero mucho mas cuando se ha conspirado y se ignora lo que contiene el documento donde está su firma.

—Quietos, señores:—dijo el jóven oficial haciendo que sus soldados guardasen las salidas.—Se me ha dado la enojosa comision de informarme del motivo que origina esta reunion, y me veo en la dura necesidad de obsequiar el deseo del gobierno.

Nuñez se adelantó al oficial con aire franco, y le dijo:

—Don Juan: nosotros tenemos verdadera satisfaccion en recibir á vd. en este sitio, y



nos complacemos en que el gobierno llégué á saber, por medio de tan leal conducto, el motivo que nos ha reunido en este sitio.

El oficial que, al entrar, no habia visto á Nuñez, le estrechó la mano afectuosamente diciéndole:

—Ignoraba que se hallase vd. en esta reunion que está acusada de conspirar contra el gobierno, y siento doblemente haber sido el comisionado por mis jefes para tan enfadosa mision, puesto que me veo precisado á molestar á uno de mis buenos amigos.

—Gracias, D. Juan; pero ni yo, ni estos caballeros aquí reunidos, leales defensores de la patria, que nos hemos alistado voluntariamente en la guardia nacional desde el instante que los norte-americanos han hollado nuestro suelo, tememos que se examinen nuestros actos por los gobernantes: aquí no hay mas que abogados, médicos, literatos, artistas y comerciantes honrados que han tomado las armas en defensa de la independenciam amenazada, y cuya reunion en este sitio ha sido mal interpretada.

Los conspiradores se miraron unos á otros, sorprendidos de la serenidad de Nuñez, y sin comprender lo que decia.

El oficial que era, como habrá conocido el lector, el mismo jóven que, interesado por Nuñez en la noche del concierto le dió una pistola para que se defendiese de Willey, manifestó grata satisfaccion de aquellas palabras, y dijo:

—Mucho me alegraré que el gobierno quede convencido de la justicia de vdes.

—Y quedará.

—¿Tendria vd. la bondad de entregarme el acta que ví firmaban vdes. en el momento en que entraba?

—Con mucho gusto: aquí la tiene vd.

Dijo Nuñez poniendo en manos de Don Juan el pliego que estaba sobre la mesa.

Los conjurados que habian firmado el papel, sin tener lugar para leerlo, palidieron.

El jóven oficial tomó el papel, lo leyó para sí, se retrató en su semblante la sorpresa, vió las firmas, estrechó la mano de



Núñez con marcadas muestras de alegría, y guardando el papel en el bolsillo, exclamó:

—Parto á poner inmediatamente en poder del gobierno este documento: adios, amigo mio: adios, señores: vdes. disimularán que me haya visto obligado á interrumpirles; pero pueden vdes. marcharse cuando gusten, pues nadie les impedirá el paso.

Y D. Juan, haciendo una inclinacion de cabeza, se salió seguido de sus soldados.

Los conjurados, al verse libres del peligro, cercaron á Núñez para darle las gracias por haber conjurado la tempestad.

El sereno jóven por toda contestacion se llevó el dedo índice á los lábios indicándoles que guardasen silencio.

A esta demostracion nadie se atrevió á pronunciar palabra, miraron recelosos hácia todas partes, y temerosos de que los soldados volviesen, empezaron á salir en grupos, de cuatro y cinco, de la casa.

¿Qué contenia el papel que habian firmado?

Mas adelante acaso lo sabremos.

Núñez, contento de haber prestado aquel servicio á sus correligionarios, salió del edificio en compañía de Leopoldo y de Rafael, refiriéndoles la manera con que habia sabido que iban á ser reducidos á prision.

Los tres jóvenes vieron en aquel aviso un favor de la Providencia, y alegres de verse dueños de su libertad, se dirijieron hácia el templo para dar gracias al cielo por la singular proteccion que les habia dispensado.

Al pasar por enfrente á la esquina de la plaza, dos mujeres que estaban tomando horehata en uno de los puestos ambulantes, se quedaron mirándoles.

—¡Ay! que desconocido está D. Leopoldo, mi alma.—Exclamó una de ellas.

—¿Pues qué, le parece á vd. poco, Doña Crucecita, la larga enfermedad de amores que está pasando?

—¿Qué me dice vd., Doña Anita? ¿Aun duran sus relaciones con Clotilde?

—¿Vaya, mi alma! Pues si ahora es precisamente cuando está la cosa mas viva y



animada. Pero se me habia olvidado decir-  
la á vd. un encuentro que he tenido.

—¿Un encuentro?

—Sí; ¿y á quién piensa vd. que he visto  
hace un instante?

—¿A quién, Doña Anita?

—Vamos, adivine vd.

—Imposible: conoce vd. á tantos.

—Es verdad;—dijo Doña Anita halagado  
su amor propio por aquellas palabras y des-  
pertada su vanidad:—mis relaciones son  
muchas y de lo principal; ya vd. debe fi-  
gurarse.... como que soy toda una seño-  
ra.... la viuda de....

—Sí; la viuda de una brigada nada menos.

—¡Ay!—dijo suspirando ridículamente  
Doña Anita:—¿qué tiempos aquellos!

—Pero vamos á ver, ¿á quién vió vd?

—A nuestra antigua vecinita Soledad.

—¿Cómo!

—Me la encontré enfrente al átrio, que  
marchaba de rodillas hácia el templo, sin  
duda para cumplir alguna promesa.

—¿Y le habló vd?

—¡Vaya, mi alma! pues bonita soy yo pa-  
ra quedarme sin saber lo que pasa.

—¿Y qué le contó á vd?

—Toda la historia que ya sabemos; la  
muerte de Flan, la prision de D. Félix, y  
cómo la dejaron á ella sin recursos y en la  
calle.

—¿Y marchaba bien vestida?

—¡Bien vestida! ¿Pues no ve vd., mi al-  
ma, que ya se acabó la ganga del almacén,  
aquella inagotable mina de donde su nom-  
brado primito se habilitaba? No llevaba mas  
que un rebozo ordinario y un vestido negro  
de indiana de á dos reales.

—¡Pobre Soledad!

—Ahora verá la diferencia que hay de  
encontrar quien le dé á uno todo lo nece-  
sario, á tener que trabajar para conseguirlo.  
Esto no quiere decir que yo me complazca  
en sus penas; no, mi alma, porque al fin  
soy una señora; sino que....

—Lo entiendo así, Doña Anita.

—Y nada menos que una señora de nues-  
tros tiempos, que ya sabe vd., mi alma, que  
no lo era cualquiera.



—¡Oh, por supuesto! ¿Y no le dijo á vd. dónde vivia?

—¡Vaya! lo primerito que le pregunté fué eso.

—¿Y en dónde dijo que vivia?

—En el callejon de Recabados, en una casa de adobes que no tiene número.

—¿Y por dónde queda eso, Doña Anita?

—Por detras de la plazuela de la Santa Veracruz: va vd. por la calle de San Juan de Dios, tuerce vd. á la izquierda por el callejon del Pinto, se encuentra vd. con la plazuela de Juan Carbonero, da vd. vuelta á la izquierda, y ya está vd. en el callejon de Recabados.

—¡Imposible que yo acertase á ir!

—Le daré á vd. otras señas. ¿Sabe vd. la calle de la Canoa?

—Sí.

—Pues sigue vd. en línea recta la calle de la Estampa de San Andrés, continúa vd. la de los Gallos, pasa vd. el cuartel de este nombre, tuerce vd. á la derecha entrando en el callejon del Pinto, y no bien llega vd. á

una gran plazuela, toma vd. á la izquierda, y ya está vd. en el callejon susodicho.

—¡Jesus, en un barrio tan retirado vive! ¿Y cómo se mantiene?

—Hasta hace pocos dias, con lo que le daban en el empeño por sus vestidos; pero cuando se acabó ese recurso, acudió á los hermanos de San Vicente Paul, quienes le favorecen, enviándole lo mas preciso para vivir.

—¡Pobrecita! ¿quién habia de decir que se veria reducida á ese extremo, cuando estaba en casa de Flan, rodeada de lujo y de grandeza.

—Y ¿quién me habia de decir á mí, Doña Crucecita, cuando vivia mi difunto Mamerito, que llegaria á servir de portera.... yo, toda un generala de brigada? Pero ya sabe vd., mi alma, que la subida mas alta, la caída mas lastimosa.

—¡Cuán cierto es eso, Doña Anita! ¿Y qué, estará en la iglesia todavía?

—Seguramente.

—Ha despertado vd. mi curiosidad, y no quisiera irme sin verla.



—Vea vd. qué casualidad: ahí viene precisamente.

—¿Dónde?

—Como á veinte pasos del átrio.

—Es verdad; ya la veo. ¡No quiere vd. que marchemos hácia ella, para que crea que casualmente nos encontramos, y así poderla hablar.

—Me parece muy bien.

Y ambas ancianas, movidas del deseo de saber cuitas ajenas, se dirijieron hácia el rumbo que Soledad traía.

Un hombre que al cruzar el átrio fijó la atencion en ella, la seguía.

La jóven caminaba á prisa, y cubierta siempre con su rebozo, sin ver nada de lo que á su lado pasaba.

El hombre continuaba observándola, y marchando á pocos pasos de ella.

Al llegar junto á Doña Anita y Cruz, éstas se detuvieron interceptándola el paso; pero la jóven, sin fijar la atencion en ellas, y viendo que le impedían pasar, trató de continuar su camino haciéndose á un lado.

—Muy preocupada va vd., Soledad.—  
Dijo Doña Anita, dirijiéndole la palabra.

La jóven levantó la cabeza al reconocer la voz, y contestó:

—Usted disimule: no le habia visto á vd.

El hombre que la seguía, al verla entrar en conversacion, se detuvo á regular distancia.

—Aquí tiene vd.—advirtió la en un tiempo mercachifle—á otra de sus antiguas vecinas; á mi amiga Crucecita, que aprecia á vd. mucho.

—Mil gracias.

El que esperaba, hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y á dónde va vd. tan de prisa?—Preguntó la nueva casera.

—Me vuelvo á México antes de que sea mas tarde.

—Iremos juntas y charlando, si á vd. le parece:—dijo Doña Anita.—Por fortuna hay carruajes á todas horas.

—Es que yo no puedo ir en coche.

—Si es porque no tiene vd. dinero, nosotras le pagaremos el asiento.



—Mil gracias. Pero no es por falta de dinero.

—Pues ¿por qué?

—Porque hice la promesa de volver á pié.

—Siendo así, no replico; pero no nos prive vd. del gusto de acompañarla hasta el sitio en que están los coches.

—El gusto será para mí.—Contestó Soledad.

Y echó á andar en medio de las dos curiosas ancianas que le abrumaban á preguntas.

—¡Es ella! ¡no me cabe duda!—pronunció para sí el hombre que la habia ido siguiendo.—Sí; le han llamado Soledad; pero no puede ser otra que Adela.

Y volvió á marchar á regular distancia de las tres, sin apartar los ojos de la jóven.

Al llegar al sitio en que estaban los coches, las ancianas se despidieron de Soledad y entraron en un carruaje que estaba próximo á salir.

La desdichada hermosa continuó su camino hácia la calzada.

El hombre que la habia ido siguiendo apresuró el paso, y poco antes de que pudiese el pié fuera de la puerta de la Villa le salió al encuentro diciendo:

—¿Tengo la dicha de hablar con la señorita Adela?

La jóven alzó sorprendida la cabeza al verse llamada por su verdadero nombre, y exclamó al fijar los ojos en el que le dirigía la palabra.

—Ignoro quién es vd., caballero, para que satisfaga á esa pregunta.

—Mi nombre es Willey.

—¡Willey! no recuerdo, caballero, haberlo oido otra vez.

—Puede ser muy bien.—Dijo el docto que ya habia inventado una historia para despertar la curiosidad de la jóven y atraer sus simpatías.—Pero aunque vd. no me conoce, en efecto, yo tuve algunas veces la dicha de verla á vd. en varias partes, antes de que tuviese vd. la desgracia de verse arrancada del lado de sus amados padres de su fiel amante.

—¡Cómo! ¿sabe vd. ....



—Todo; porque la historia la oí de los ámbios de su amado padre de vd., que me llamó para asistir á su esposa en un terrible ataque nervioso que sufrió al saber el rapto de vd.

—¡Ah! ¿conoció vd. á mis padres?

Exclamó con ansiedad la jóven.

—Mucho.

—¿Y qué ha sido de ellos? ¿dónde están?

Preguntó Soledad anhelando una pronta contestacion, contenta de encontrarse con un hombre que le hablase de su familia. En agena de pensar que este hombre era el mismo que dispuso su rapto.

—Hace mucho tiempo que no tengo el gusto de verles:—respondió con fingido sentimiento el doctor:—pero tengo que comunicarle á vd. importantes noticias de ellos.

—¿De veras?

—Los infelices estaban tan afligidos desde la ausencia de vd., que no tenían mas consuelo que el de hablarme de vd. á todas horas.

El llanto asomó á los ojos de la hermosa mi ven.

Era la primera vez que escuchaba hablar de ellos; ¡y es tan dulce para un hijo ausente que gime en la miseria y abandonado del mundo oír hablar de los seres que le dieron la vida... que le cuidaron en la niñez...!

Mas aquel placer iba mezclado con un pensamiento amargo que se atrevió á formular en estas palabras:

—¡Pero sin duda me creerán culpable, y me maldecirán!

—No; jamás le hicieron esa ofensa á la hija, cuya virtud ensalzaban á todas horas—

—¡Gracias, gracias Dios mio!

—Pero yo la estoy quitando á vd. el tiempo, y deteniéndola en un sitio público donde no podemos hablar tranquilamente de un asunto de tanto interes para vd. Si tiene vd. á bien decirme dónde vive, tendré el gusto de pasar á verla mañana mismo.

—Mi casa es muy pobre, señor Willey.

—¿Y qué me importa la casa, si dentro encierra un tesoro de hermosura y de virtud? Yo no aprecio la caja del diamante, sino el diamante mismo.



—Mil gracias.

—Fuí verdadero admirador de vd., aunque no tenia el gusto de tratarle, cuando estuvo en la opulencia; si la situacion de vd. ha cambiado, no su mérito ni mi inextinguible aprecio.

—¡Ah! como me inundan de placer esas palabras!—exclamó la hermosa jóven engañada por el acento y ademan hipócritas de su interlocutor.

—¿A qué hora será prudente que vaya á visitarla á vd?

—A la que vd. guste.

—¿Y dónde es?

—En el callejon de Recabados, en una casita de adobe y sin número; en el primer cuarto de la derecha.

—Pues allí estaré á las tres de la tarde.

—Está muy bien.

—Adios, Adelita.

—Adios, señor Willey.

Y la jóven siguió su camino satisfecha de aquel encuentro que juzgaba Providencial.

La idea de que iba á saber pormenores interesantes de sus queridos padres, ocu-

paba su imaginacion, recreándola dulcemente.

El doctor á su vez se daba el parabien de aquel inesperado encuentro.

En su pecho volvió á encenderse la impura pasion que le impelió á arrebatarla del lado de sus padres.

Pensó que abandonada, sola y sin recursos, no podria resistir al plan de seduccion que formó en su mente.

Contento con este pensamiento, y recreándose con la idea de un próximo triunfo marchaba, cuando se encontró con Duval que venia á su encuentro, demostrando en su rostro el enojo y la desesperacion.

—¿Qué ha sucedido?—Preguntó el doctor al verle de aquella manera.

—Que todo se ha frustrado.

—¿Cómo!

—El oficial que condujo á los soldados, se ha manejado como un niño; se ha dejado engañar por una acta falsa, y Leopoldo, Nuñez y demas conjurados, están libres.

—Pero ¿de qué medios se han valido?

—¡Estoy desesperado! Entremos en el co-



che; y en el camino le contaré á vd. lo que ha pasado.

Los dos malvados se dirijieron adonde el carruaje les esperaba, subieron á él, y poco despues caminaban hácia la capital.

En el mismo instante en que ellos partian, salia tambien el coche en que marchaban Doña Anita y Cruz.

Soledad los vió pasar; les saludó tristemente, y continuó su camino á pié, en medio de una espesa nube de polvo que levantaban los carruajes, los caballos y el inmenso gentío que volvía de la fiesta.

### CAPITULO XIII.

Constancia en el mal.

—Vamos perdiendo terreno, doctor.

Decia Duval paseándose á largos pasos por su cuarto.

—Demasiado lo veo.—Contestó Willey que permanecia sentado y con la frente apoyada en la mano izquierda.

—Ese Nuñez, ese en un tiempo miserable mendigo, á quien Dios confunda, va adquiriendo una influencia poderosa en el corazon de D. Emilio, mientras yo voy perdiendo la que ejercí hasta la aparicion de ese maldito cuaderno.

—Por fortuna que hasta ahora hemos conseguido hacerle sospechar que, cuanto